

Hechos

Dr. Justo L. González

AETH

Universidad Interamericana de Puerto Rico
San Juan, Puerto Rico
noviembre 2, 2007

Hechos

El libro de Hechos siempre me ha interesado. Me ha interesado en parte porque desde niño aprendí a respetar y a admirar al apóstol Pablo, y buena parte de Hechos trata precisamente sobre el ministerio de Pablo. Me ha interesado en parte como historiador, pues se ha dicho con razón que Hechos es la primera historia de la iglesia. Me ha interesado como miembro de la iglesia, pues veo allí muchas cosas que la iglesia primitiva parece haber hecho y que hoy no hacemos. Pero sobre todo me interesa cada día más porque voy viendo que hay dos maneras contrastantes de entenderlo, y me temo que la manera particular en que se nos ha enseñado a leerlo, y en la que todavía lo leemos muchas veces, dista bastante de lo que su autor pretendía.

Permítaseme tratar de expresar ese contraste con toda la claridad posible, y luego pasar a algunos ejemplos de lo que esto implica en la interpretación de algunos pasajes específicos.

En primer lugar, la interpretación que nos parece tradicional, pero que me permito sugerir, dista bastante de lo que el autor se proponía. Según esa interpretación, lo que Hechos nos ofrece es el gran ejemplo de los apóstoles y de la iglesia primitiva como pauta que hemos de imitar en todo lo que hagamos. Así, por ejemplo, puesto que supuestamente en Hechos 6 la iglesia nombró siete diáconos, hasta el día de hoy hay muchas iglesias que sostienen que los diáconos tienen que ser siete. Y esto no solo entre iglesias evangélicas tradicionales, sino también entre católicos romanos, de modo que tradicionalmente hay en Roma misma siete diáconos. Otros piensan que, puesto que los apóstoles eran doce, la iglesia ha de gobernarse mediante un

consejo de doce personas —usualmente varones— y hay hasta quien les da el nombre de "apóstoles". Otros piensan que, puesto que en Hechos se mencionan los paños bendecidos, lo que los cristianos han de hacer hoy es bendecir pañuelitos y venderlos por la radio y la televisión. Otros sostienen que, puesto que en Hechos se eligió al que debería ocupar el lugar de Judas sacándolo a la suerte, los líderes de la iglesia de hoy deben elegirse de igual modo.

Como vemos, esta interpretación de Hechos como una especie de reglamento que marca pauta para la vida de la iglesia puede llevar a muchas y muy diversas prácticas e interpretaciones, según el pasaje en Hechos que cada cual tome por favorito. Así, por ejemplo, rara vez quienes venden pañuelos bendecidos en imitación de lo que se hacía en Hechos comparten sus bienes, como se hacía también en Hechos. Quienes insisten en las prácticas de propiedad comunitaria de la iglesia primitiva rara vez se interesan en pañuelitos bendecidos. Quienes insisten en que los diáconos tienen que ser siete, y todos varones, porque así lo dispusieron los apóstoles, no saben qué hacer con ese otro pasaje en Hechos donde se nos dice que Felipe tenía cuatro hijas predicatoras (21.9). Lo que todas esas interpretaciones tienen en común es que toman el libro de Hechos como una especie de reglamento para la vida de la iglesia. Para aquellos de entre ustedes que, como yo, son metodistas, cabe decir que muchos metodistas leemos Hechos como si fuera el Libro de Disciplina. Y hay presbiterianos que lo leen como si fuera el Libro de Orden. Y así sucesivamente. Hechos dice que así hay que hacer las cosas, de igual modo que la Disciplina o el Libro de Orden nos dicen cómo ha de gobernarse la iglesia. (De paso, para aquellos de entre ustedes que son metodistas, muchas veces he dicho, con un poco de

exageración, pero no demasiada, que uno de los grandes problemas de la Iglesia Metodista es que somos demasiado fundamentalistas con la Disciplina, y demasiado liberales con la Biblia. Pero eso es harina de otro costal....)

Pero no hay que leer Hechos como si fuera un reglamento o un libro de disciplina. Hay otra interpretación posible. Según esa otra interpretación, que es la que me propongo recomendarles esta mañana, Hechos ha de leerse, no como un reglamento primitivo, sino como la historia de cómo el Espíritu Santo fue guiando a la iglesia según los planes divinos, unas veces con la participación y anuencia de los líderes de la iglesia, y otras veces para sorpresa de esos mismos líderes. En Hechos, el Espíritu usa y dirige a los apóstoles. Pero también mejora y corrige lo que los apóstoles hacen. En Hechos, los apóstoles hacen cosas sorprendentes. Pero también el Espíritu les sorprende a ellos.

Según esta otra lectura, Hechos no es tanto un reglamento como un testimonio sobre cómo el Espíritu actúa en la iglesia, con la iglesia, en sus líderes, con sus líderes, pero también a pesar de la iglesia y de sus líderes. Y lo que me permito sugerir es que esta otra lectura, aunque no parezca ser la más tradicional, se acerca más a la intención del autor que la otra lectura, que hace de Hechos una especie de reglamento.

Históricamente, cabe decir que el título mismo de "Hechos de los apóstoles" es a la vez índice de lo que ha sucedido con el libro y señal de cuán limitada es la interpretación tradicional.

Originalmente, este libro no tenía título. Era sencillamente el segundo tratado a Teófilo, continuación de ese otro libro o primer tratado que hoy llamamos el Evangelio de Lucas. Se le puso título posteriormente, en el siglo segundo, precisamente en una época en que la iglesia estaba interesada en establecer sistemas de gobierno que determinarían quién tenía autoridad y quién no —y, dicho sea de paso, también en una época en que se empezaba a limitar drásticamente el ministerio y liderato de la mujer en la iglesia. Parte de ese proceso llevó a darles a los doce discípulos principales de Jesús una autoridad especial, llamándoles los "doce apóstoles", y dando a entender que eran estos doce quienes gobernaban la iglesia al principio —con lo cual se les daba mayor autoridad a los obispos o líderes de la iglesia que podían reclamar una conexión directa con alguno de los doce.

Pero lo cierto es que el libro mismo de Hechos pinta otro cuadro. En primer lugar, los "apóstoles" no son solo los doce. Tampoco es cierto que el título de "apóstol" que se le da a Pablo le haga el verdadero sustituto de Judas, como frecuentemente se ha sugerido. En Hechos mismo, se le da el título de "apóstol" a Bernabé, que no era uno de los doce. (Y Pablo se lo da también a otras personas, incluso a una parienta y colaboradora suya de nombre Junia.) Además, también en Hechos, así como en las cartas de Pablo, los líderes de la iglesia en Jerusalén no son los doce, sino Pedro, Juan y Jacobo el hermano del Señor, que no era uno de los doce. Por otras fuentes sabemos que cuando los cristianos huyeron de Jerusalén a causa de la guerra entre judíos y romanos, y se fueron a Pela, aquella iglesia fue gobernada por quienes podían reclamar parentesco con Jesús —lo que algunos han llamado el "califato cristiano".

En segundo lugar, aun acerca de los doce el libro de Hechos no nos dice mucho después de los primeros cinco capítulos. En el capítulo 6 la atención se vuelve hacia los "siete" que son nombrados para manejar los recursos de la iglesia. Uno de ellos, Esteban, es el personaje central en el capítulo 7; y otro, Felipe, lo es en el 8. Y en el 9 la atención se vuelve una vez más, para concentrarse ahora en otro que no es ni uno de los doce ni uno de los siete, Pablo. A partir de entonces, ni de los doce ni de los siete se nos dice mucho. Pedro vuelve a aparecer en los capítulos 10 y 11, y luego en el 15. Y acerca de Felipe se nos dice hacia el final del libro que vivía en Cesarea.

Pero hay más. En la sección que se ocupa de Pablo hay personajes que aparecen y desaparecen sin que se nos diga cómo llegaron de un lugar a otro. Bernabé aparece en los capítulos 4, 9 y del 11 al 15. Pero después no se sabe qué fue de él ni de la misión que llevó a cabo tras separarse de Pablo. Felipe aparece en los capítulos 6 y 8, y luego en el 21 se nos informa que vivía en Cesarea; pero nada más. Timoteo aparece en los capítulos 16 al 20, y luego queda olvidado. Y tampoco Pablo es el protagonista principal de Hechos, pues cuando el libro termina se nos deja, por así decir, "en el aire". Terminamos el capítulo 28, donde se nos dice que Pablo estaba en Roma, y volvemos la página para ver qué pasó después. Pero no hay capítulo 29. Y nos quedamos sin saber lo que fue de Pablo.

Lo que todo esto quiere decir es que en última instancia Hechos no es sobre los apóstoles, ni sobre los siete, ni sobre Pablo, sino sobre el Espíritu Santo. El autor de Lucas/Hechos escribe dos libros. En el primero trata acerca de Jesús, en quien el Espíritu Santo obra. (Ningún otro

evangelio subraya el papel del Espíritu Santo en la vida de Jesús como lo hace Lucas.) En el segundo libro trata acerca de cómo Jesús continúa actuando a través del Espíritu. Un libro trata entonces de la presencia del Espíritu en Jesús, y el segundo de la presencia de Jesús en el Espíritu.

En resumen, sugiero que para nuestro estudio de Hechos comencemos por una transformación fundamental en nuestra lectura del libro, leyéndolo no ya como un libro de disciplina o de reglas, sino como un libro acerca del Espíritu Santo y de su obra en la iglesia —obra que la iglesia y sus líderes no siempre entienden. Esa es la primera distinción que quiero hacer como base para nuestra lectura de Hechos.

Pero hay otra distinción importante. Con demasiada frecuencia leemos Hechos como un libro puramente religioso o espiritual, como si nada tuviera que ver con las circunstancias sociales, políticas y económicas en que vivía la iglesia del siglo primero, ni con las circunstancias sociales, políticas y económicas en que vivimos hoy. Pero lo cierto es que al leer el libro de Hechos nos percatamos de que su autor está bien consciente del ambiente social y político en que se mueve la iglesia. (De hecho, los eruditos se sorprenden al comprobar, por ejemplo, que los títulos que Lucas les da a los distintos funcionarios en diversas partes del Imperio Romano corresponden a los títulos, a veces confusos, que esas personas tenían.) Hechos habla acerca de la fe de Pedro y de su liberación de la cárcel, y también de la predicación de Pablo y Bernabé, sí. Pero Hechos también habla de Herodes y sus maquinaciones, de las veleidades de algunos funcionarios

romanos, de una conspiración en la que las autoridades imperiales intervienen, de juicios ante esas autoridades, etc.

En resumen, leamos Hechos a través del prisma de dos correcciones fundamentales. La primera es leerlo, no como los hechos de los apóstoles, sino como los hechos del Espíritu. La segunda es leerlo como los hechos de ese espíritu en un contexto social, económico y político determinado.

Con tales perspectivas, y a manera de ejemplos, pasemos a algunos pasajes específicos —no como un intento de decir todo lo que dice Hechos, lo cual sería imposible, sino como un intento de mostrar cómo el prisma que propongo nos ayuda a ver cosas inesperadas en el texto bíblico.

Ya que la he mencionado antes, empecemos por la elección de Matías. Todos sabemos que esa elección se encuentra en el capítulo 1. Y también sabemos que Jesús les había dado instrucciones a los discípulos, que debían esperar la dádiva del Espíritu Santo. Pero Pedro se impacienta, y la iglesia se impacienta junto a él. Mientras esperamos por el Espíritu, es necesario hacer algo. Pedro propone que se tomen medidas para ocupar el puesto que Judas ha dejado vacante, e indica además algunas de las condiciones que tal persona ha de cumplir: ha de haber estado con Jesús desde el principio hasta el final de su ministerio. Basta leer la primera parte del libro de Lucas, el Evangelio, para ver que solo cuatro de los presentes habían

estado con Jesús desde el principio, y que por tanto lo que los once están haciendo es algo que todavía vemos en nuestras iglesias: quienes ya están dentro, quienes tienen posiciones de autoridad, empiezan a poner requisitos que muchas veces ellos mismos no cumplen. Lo que acontece todos lo sabemos: la iglesia elige a Matías echando suertes, y aparentemente el Espíritu no le hace mucho caso a la decisión de la iglesia, pues de Matías no se nos dice una palabra más.

En el capítulo 2 llegamos a ese pasaje central en Hechos, la dádiva del Espíritu en Pentecostés. Tanto hemos leído y releído ese pasaje, que ya no nos sorprende. O nos sorprende solamente lo que nos han dicho que debería sorprendernos: el alboroto, las lenguas de fuego, etc. Pero, cuando leemos el pasaje tomando en cuenta los elementos socioculturales, vemos otras dimensiones que frecuentemente pasan desapercibidas.

La primera de ellas es que no son solo los doce quienes reciben el Espíritu, sino todos los presentes —varones y mujeres, jóvenes y ancianos, siervos y libres. El texto lo dice así, pues de otro modo el discurso de Pedro en el que cita el pasaje de Joel no tendría sentido: "Esto es lo que fue dicho por el profeta Joel; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas, en aquellos días derramaré mi Espíritu, y profetizarán".

La segunda es que los que hablan son personas a quienes la sociedad de Judea normalmente despreciaba. Eran galileos, es decir, judíos de segunda clase, casi gentiles, gente que no tenía lugar en Jerusalén, capital de Judea, asiento del Templo. El hecho de ser galileos es tan notable, que quienes presencian el milagro lo notan de inmediato: "¿No son galileos todos estos que hablan?" Son gente que no se supone sean líderes entre los judíos. Son como los inmigrantes indocumentados en los Estados Unidos —o como los dominicanos indocumentados en Puerto Rico. Luego, la obra del Espíritu empieza por darles poder y autoridad a quienes la sociedad se los niega.

La tercera es que aun estos que reciben el Espíritu no lo reciben para ahora hacerse jefes y dueños de un nuevo movimiento. Esto se ve en el hecho de que cada cual entiende en su propia lengua. Si el propósito del Espíritu fuese solamente ayudar a los discípulos a comunicar el evangelio, o dar señales maravillosas de su poder, el Espíritu bien pudo hacer que todos los presentes entendieran la lengua de los discípulos. Pero lo que el Espíritu hace es otra cosa: aunque todos los que hablan sean galileos, cada cual les escuchará en su propia lengua. Esto es importante, por cuanto tiene vastas implicaciones en lo que se refiere a la naturaleza de la iglesia y su misión. Si el Espíritu hubiera hecho que todos entendieran la lengua de los discípulos, esto implicaría que a partir de entonces esa lengua sería normativa para la nueva comunidad. Para ser verdaderamente cristiano, o al menos para contarse entre los líderes de la nueva comunidad, sería necesario hablar la lengua de los discípulos originales, aprender e

imitar sus costumbres, ser como ellos. Y la consecuencia inevitable de tal cosa sería que quien no fuera galileo sería cristiano de segunda clase.

Pero no. Lo que el Espíritu hace es todo lo contrario. Cada cual escucha en su propia lengua. De paso, en griego, como en castellano, hay un juego de palabras en el texto: las *lenguas* de fuego les permiten a los discípulos hablar en las *lenguas* de quienes les escuchan. Luego, las lenguas de fuego resultan en lenguas de comunicación. Esto implica que todas las lenguas, todas las culturas, todas las gentes, han de tener igual acceso, no solo al evangelio mismo, sino también a las posiciones de autoridad dentro de la nueva comunidad. E implica también que la obra continuada del Espíritu será que el evangelio se irá adaptando, traducándose a cada lengua y cultura. En el momento mismo de Pentecostés, esto implica que para ser cristiano no hay que ser galileo. Poco después, en Hechos 10, descubriremos que para ser cristiano ni siquiera hay que ser judío. Y aquí mismo, en el siglo veinte, descubriremos que para ser cristiano no hay que hablar en inglés. Tal ha sido siempre la historia de la misión cristiana, traducándose de una cultura a otra, pasando de una tierra a otra, de tal modo que hasta los centros mismos van cambiando. Fue porque el Espíritu hace que cada cual entienda en su propia lengua que el centro de la iglesia pasó de Jerusalén a Antioquía, y luego al Mar Mediterráneo, y luego a la Europa Occidental, y luego al Atlántico del Norte; y hoy está pasando a los países del Tercer Mundo.

Y esto que es cierto en el ámbito de la iglesia toda, es también cierto en el ámbito de lo local. El poder del Espíritu que les fue dado a los discípulos en Pentecostés no era poder para retenerlo, sino para compartirlo. Hoy hablamos con mucha frecuencia de "tener el poder del Espíritu". Pero lo cierto es que el poder del Espíritu nunca se "tiene" —nunca es nuestro, sino que es siempre del Espíritu mismo. Y si es poder al estilo de Pentecostés, será poder que nos hará, no para ser más importantes ni más controladores, sino todo lo contrario. Será poder que nos permita darles poder a quienes no lo tienen, como en Pentecostés el Espíritu les dio poder a los galileos, y se lo dio, no para hacerles los nuevos dueños del evangelio, sino para que los frigios, capadocios, medos, y todos los demás pudieran ser partícipes plenos de lo mismo que los primeros discípulos tenían y proclamaban.

Si tuviésemos tiempo, podríamos seguir examinando Hechos de capítulo en capítulo. Así veríamos, por ejemplo, cómo las cuestiones sociales aparecen en los primeros capítulos del libro en el contraste que el autor hace entre el "pueblo", que en términos generales apoya la predicación cristiana, o al menos quiere escucharla, y la cúpula social y religiosa (los ancianos, los sacerdotes, los miembros del sanedrín), que son los que quieren hacer callar a los discípulos. Y veríamos cosas tan contemporáneas como los intentos de controlar la opinión pública mediante el control de las noticias.

Pero, puesto que el tiempo apremia, pasemos al capítulo 6, con la promesa de que en el tiempo que nos quede al final podremos discutir esos y cualesquiera otros temas. En muchas

biblias, el principio del capítulo 6 lleva por título "la elección de los siete diáconos". Y es por razón de ese título, que no es parte del texto original, sino que ha sido añadido para ayudarnos a leer ese texto, que pensamos que se trata de los siete diáconos originales. Pero lo cierto es que el texto mismo no dice que sean diáconos. Sí dice que les será confiada la *diakonía* o ministerio de las mesas; pero también dice que los doce deciden reservarse para sí la *diakonía* o ministerio de la Palabra. El título mismo es señal de esa otra lectura, que quiere hacer de Hechos un libro de reglas y de organización, y que por tanto decide que estos siete son "diáconos", cuando el texto no lo dice. Y tan acostumbrados estamos a esa lectura, que ni siquiera nos percatamos de que el texto no lo dice.

En todo caso, para entender ese pasaje hay que leerlo a la luz de los conflictos culturales y sociales que le sirven de trasfondo. En la sociedad de Judea en el siglo primero, había quienes se llamaban "hebreos", y otros que eran llamados "helenistas" o "griegos". Como frecuentemente sucede con tales nombres, estos dos no eran del todo exactos. Los supuestos "hebreos" ni siquiera hablaban hebreo, sino que hablaban el arameo, al que llamaban hebreo. Y los supuestos "griegos" eran tan judíos como los "hebreos", excepto que se habían formado en la Diáspora, y por sus costumbres un poco diferentes los supuestos "hebreos" los despreciaban o consideraban judíos de segunda clase. Lo que es más, como a muchos inmigrantes de hoy, frecuentemente se les culpaba por los males que aquejaban al país.

Lo que sucede en Hechos 6 es que esos conflictos que existen en el medio ambiente se reflejan también en la iglesia. Eso no tiene nada de sorprendente, pues lo mismo acontece hoy en todas las iglesias. Sobre eso se podría decir mucho más, pero "al buen entendedor, pocas palabras bastan". En todo caso, los helenistas, que se sienten discriminados en la sociedad en general, ahora experimentan una discriminación semejante en la iglesia, y se quejan de ello.

Los jefes de la iglesia —contra quienes las quejas van dirigidas— no rechazan las quejas, como muchos harían hoy, sino que les buscan solución. Para ello sugieren que se nombre a siete hombres para que se ocupen del manejo de los recursos que la iglesia ha de distribuir, mientras ellos siguen dedicándose a la predicación. Esto le parece bien a la congregación, que elige a siete hombres, como se les había indicado. Si tuviésemos tiempo, valdría la pena reflexionar sobre el hecho sorprendente de que todos los siete tienen nombres griegos, y uno de ellos ni siquiera es judío de nacimiento. En otras palabras, continúa lo que comenzó en Pentecostés, pues el poder va pasando a gente nueva.

Entonces, inmediatamente después de la elección, el Espíritu sorprende a los doce y a la iglesia toda. Se suponía que los siete administraran, no que predicaran. Pero inmediatamente después de su elección, Hechos nos dice que Esteban empezó a predicar, y a la postre este Esteban, quien se suponía que administrara y no que predicara, acaba predicando el sermón más largo en todo el libro de Hechos.

¿Quiere decir esto que los doce no estaban siguiendo la dirección del Espíritu al sugerir la elección de los siete? No. Pero sí quiere decir que aun cuando seguimos la dirección del Espíritu no somos infalibles. Los caminos de Dios son siempre más altos que nuestros caminos. El Espíritu nos guía, pero aun lo que hacemos bajo la dirección del Espíritu requiere corrección por parte del Espíritu mismo.

Esta es precisamente la razón teológica por la que al principio hice énfasis sobre las dos posibles interpretaciones de Hechos. Si Hechos es sobre los apóstoles, y hemos de hacerlo todo de igual modo que ellos lo hicieron, esto implica que los apóstoles eran infalibles, que todo lo que hicieron correspondía exactamente a la palabra final del Espíritu —que una vez que hicieron lo que el Espíritu les dijo, ya estaba hecho, y no había más que hacer. Pero si las cosas no son así, si los caminos del Espíritu son siempre más altos que nuestros caminos, bien podemos decir que el Espíritu guió a los apóstoles, y que el Espíritu nos guía, y que el Espíritu guía a la iglesia. Pero eso no les hizo infalibles a ellos, ni nos hace infalibles a nosotros, ni hace infalible a la iglesia.

En el caso concreto de la elección de los siete, es de notarse que los doce deciden, no solo que los siete han de administrar mientras ellos predicán, sino también que han de ser varones. Si Hechos es entonces un reglamento sobre cómo hacerlo todo, las mujeres quedan excluidas de ese ministerio. Pero si Hechos es un libro sobre el Espíritu, sobre cómo el Espíritu guía y constantemente corrige a la iglesia, entonces el mismo Espíritu que corrigió a los doce al hacer

que Esteban y Felipe predicaran bien puede ser el mismo Espíritu que hoy los corrige llamando a las mujeres al ministerio.

Pero sigamos adelante a otros pasajes del mismo libro. Los capítulos 10 y 11, generalmente llamados "la conversión de Cornelio", son en cierto modo la conversión, primero de Pedro, y luego de toda la iglesia. Les invito a que más adelante, cuando no haya la premura del tiempo que tenemos ahora, estudien esos capítulos con detenimiento, y allí verán que el Espíritu usa al pagano Cornelio para hacerles entender a Pedro y luego a la iglesia que el evangelio es mucho más amplio de lo que imaginaban.

En el capítulo 13 llegamos a la misión paulina. Sobre esto hay mucho que decir. Entre otras cosas, vale la pena notar que el Espíritu no llama a Pablo a la misión privadamente, sino que le llama a través de la iglesia, a la que el Espíritu dice "apartadme a Saulo y Bernabé para la obra a que los he llamado". Una vez más, Hechos corrige mucho de lo que damos por sentado —en este caso, que el Espíritu es cuestión de inspiración privada.

Hay empero otros dos pasajes de la misión paulina sobre los que sí quisiera detenerme. Uno de ellos es el llamado a Macedonia, y el otro es el alboroto en Efeso.

Como sabemos, Pablo se encontraba en Troas y posiblemente se aprestaba a emprender el viaje de regreso a Antioquía cuando tuvo una visión que le impulsó a cruzar desde Asia a

Macedonia. Hechos describe la visión como sigue: "Una noche, Pablo tuvo una visión. Un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo 'pasa a Macedonia y ayúdanos'." (16.9). A través de los años, he escuchado predicar repetidamente sobre esto, sobre cómo Pablo fue obediente a la visión, y sobre cómo el resultado fue la penetración del evangelio en Europa. Pero hace algún tiempo, después que nuestras hermanas me habían hecho consciente del modo en que el lenguaje muchas veces excluye a las mujeres, empezó a llamarme la atención, y en cierto modo a molestarme, eso de que el texto dijera explícitamente que lo que Pablo vio fue un "varón". Hay otros modos en griego de referirse a una persona, y lo más corriente sería decir, como decimos en castellano, "un macedonio", o "uno de macedonia". Si bien tal lenguaje todavía usa formas masculinas, al menos no subraya el sexo de la persona en cuestión. Pero no. Aquí dice explícita y llanamente "un varón macedonio".

Una vez más, si leemos el texto como un gran elogio de lo que hicieron los apóstoles, y como un reglamento o patrón que debemos seguir, esto parece dar a entender que las grandes visiones vienen a través de varones, como esta le vino a Pablo.

Pero si en lugar de eso leemos el pasaje tratando de descubrir lo que el Espíritu Santo está haciendo, tanto a través de Pablo y su obediencia como a través de las limitaciones de Pablo mismo, el resultado es diferente. Lo que acontece en Filipos, la primera ciudad que Pablo visita en Macedonia, es interesante. Al leer todo el libro de Hechos, vemos que Pablo normalmente comenzaba su ministerio en una ciudad visitando la sinagoga y hablando en ella. En Filipos trata

de hacer lo mismo. Pero resulta que en Filipos no hay sinagoga. Sí hay un "lugar de oración" —título que a veces se les daba a las sinagogas. El lugar está junto al río, posiblemente para que los adoradores puedan celebrar sus ritos de purificación. Pero no hay sinagoga por la sencilla razón de que para ello hace falta cierto número mínimo de varones. Quienes se reúnen en el "lugar de oración", en lo que de otro modo sería sinagoga, son unas mujeres. Pero las mujeres no cuentan, y por tanto no hay sinagoga.

Aunque no creo que Pablo haya sido tan misógino como frecuentemente se le pinta, me pregunto si Pablo hubiera cruzado el Helesponto e ido a Filipos de haber sabido que lo que encontraría allí sería un grupo de mujeres. Y casi me atrevo a sugerir que, si la visión que tuvo hubiera sido de una mujer, posiblemente Pablo habría pensado que se trataba de un sueño erótico, y habría continuado con su plan de regresar a Antioquía. Y ahora, al llegar a Filipos, posiblemente buscando al varón que le había llamado, lo que encuentra es un grupo de mujeres.

Y lo sorprendente —lo que quizá también sería sorprendente para el mismo Pablo— es que de entre ese grupo de mujeres, aparentemente lideradas por Lidia de Tiatira, surge una de las más prometedores iglesias de la misión paulina, la iglesia que siempre le apoyó, la iglesia a la que después escribiría la más alegre de sus cartas, la iglesia que siempre se adelantó a las demás en cuanto a la ofrenda para Jerusalén.

Lo repito y vuelvo a repetir: Hechos no es un libro sobre los apóstoles, sino sobre el Espíritu.

Pablo no tiene que ser infalible. Pablo no tiene que saber todo lo que el Espíritu está haciendo.

Pablo no tiene que conocer todos los planes de Dios. Pablo sencillamente tiene que ser

obediente en la medida en que le es dado. (Y una vez más, esto también tiene mucho que ver

con la vida de la iglesia hoy, pues hay por ahí muchos que pretenden que, porque tienen el

Espíritu, son infalibles; que, porque tienen el Espíritu, hay que obedecerles; que, porque tienen

el Espíritu, conocen la mente y los propósitos de Dios, y saben lo que todas las demás personas

han de hacer.)

Pasemos por último al alboroto en Efeso. He escogido este pasaje entre muchos otros, porque

me parece que es un ejemplo excelente del segundo punto que quisiera dejar sentado esta

mañana. El primero ya debe estar claro: El protagonista de Hechos no son los apóstoles, ni es

Pablo, sino que es el Espíritu Santo —el Espíritu que dirige a la iglesia y a sus líderes, aun

cuando estos no sepan exactamente qué es lo que el Espíritu está haciendo, o por qué. El

segundo punto, que me parece igualmente importante y que muchas veces olvidamos, es que

hemos de leer el texto desde nuestra situación, como lectores y lectoras del siglo veintiuno. No

que vayamos a inventar en el texto cosas que no están en él; pero sí que nuestra situación nos

puede ayudar a ver elementos en el texto que las perspectivas y circunstancias de otros

intérpretes no les hicieron ver.

Como ejemplo de esto, el episodio del alboroto en Efeso es ideal. Todos conocemos la historia. Pablo y sus acompañantes están en Efeso, y su predicación tiene tal éxito que los plateros temen que los cristianos les van a dañar el negocio. Lo que sucede es que Efeso es lo que hoy llamaríamos un centro turístico. Allí está el gran templo de Diana, una de las siete grandes maravillas del mundo antiguo. Las gentes acuden a él, no solo por verlo, sino porque allí está la estatua de la diosa. Se trata probablemente de un meteorito, y es por eso que en Hechos mismo el escribano de la ciudad declara que lo que hay en el templo es "la imagen venida de Júpiter". Pero lo más importante es que era una diosa de fertilidad —posiblemente una antigua diosa de la región a quien los griegos habían rebautizado como "Artemis", y luego los romanos como "Diana". Allí acudían las gentes en busca de fertilidad para ellas mismas, para el ganado y para la tierra. Y, como sucede en cualquier centro de atracción turística, la gente se llevaba recuerdos que también servían para mantenerles en contacto con la diosa de Efeso. Esos recuerdos eran pequeñas reproducciones del gran templo. Los visitantes más pobres los llevaban hechos de barro. Pero los más ricos los llevaban de plata. Y es aquí que entra en juego el negocio de los plateros. Hechos lo dice claramente al referirse a su líder Demetrio, "que hacía templecitos de Diana" y "daba no poca ganancia a los artífices." Pues bien, este Demetrio reúne a esos artífices y a sus empleados, y les dirige un discurso en el que se mezclan las motivaciones económicas con las religiosas —o más bien, las motivaciones religiosas se usan como subterfugio para promover la agenda económica. Dice Demetrio: "Y no solamente hay peligro de que este nuestro negocio venga a desacreditarse, sino también que el templo de la gran diosa Diana sea estimado en nada." En respuesta, los allí reunidos empiezan a gritar

"¡Grande es Diana de los efesios!" Y salen por la ciudad gritando: "¡Grande es Diana de los efesios!" Y se forma un gran alboroto. Y todos gritan "¡Grande es Diana de los efesios!" Y se pasan casi dos horas gritando. Y a la postre ya nadie se acuerda de la verdadera motivación del alboroto, que fue la amenaza a los intereses económicos de los plateros. Posiblemente ya en ese punto hasta el mismo Demetrio se ha convencido de que su motivación es puramente religiosa. "¡Grande es Diana de los efesios!"

Este texto me parece particularmente interesante porque hoy también, como entonces, las motivaciones económicas y políticas frecuentemente se cubren de un manto religioso. Quizá hoy ya no haya plateros, pero sí hay muchos otros intereses semejantes. Recuerdo que aquí mismo, en Puerto Rico, recibí hace años una carta de un dueño de funeraria, hombre muy devoto, quien decía que los cristianos deberíamos oponernos a la cremación de los cadáveres, pues la doctrina de la resurrección de los muertos quería decir que los cadáveres deberían mantenerse intactos, y que para eso lo mejor era embalsamarlos. Lo que aquella carta no decía era que las ganancias para su compañía por un embalsamamiento y entierro eran varias veces superiores a las ganancias por una cremación. Y lo peor es que creo que el hombre era sincero. Sincero sería también Demetrio cuando gritaba entre los amotinados: "¡Grande es Diana de los efesios!"

A veces se dice que los cristianos que se preocupan por asuntos económicos y sociales, y que señalan cómo esos asuntos se reflejan en la vida de la iglesia y en sus doctrinas, lo han

aprendido de Marx. Pero lo cierto es que Hechos —y toda la Biblia— reconoce que la religión no existe aisladamente de su contexto social y económico.

El libro de Hechos, como toda la Biblia, no trata de cuestiones religiosas aisladamente de sus relaciones con la vida de los pueblos y con el orden social y económico. Hechos trata sobre el modo en que el Espíritu se mueve en una iglesia que vive dentro de un mundo con sus sistemas sociales, económicos y políticos. Esos sistemas no siempre son acogedores, y de ello Hechos da ejemplos repetidos. (Otro ejemplo es la razón por la que Pablo y Silas fueron encarcelados en Filipos. Siempre hablamos del carcelero de Filipos. Pero nos olvidamos de que la razón por la que Pablo estaba en la cárcel fue que les deshizo el negocio a unos señores que explotaban a una esclava. [16.10])

En resumen, entonces, leamos el libro de Hechos usando dos coordenadas que se entrecruzan y se ayudan mutuamente: Primera, la coordenada de Hechos como libro sobre el Espíritu más bien que sobre los apóstoles. Segunda, la coordenada de Hechos como un libro acerca de la vida de la iglesia, por el Espíritu, en un mundo social, económico y político determinado.

Lo que esto quiere decir para la lectura de Hechos hoy debe resultar obvio: Primero, Hechos nos muestra que nuestras decisiones y nuestras posturas, aun cuando sean dirigidas por el Espíritu Santo, nunca tienen la última palabra. Segundo, Hechos nos muestra que el mensaje de

salvación es mensaje integral; mensaje no sólo para el ámbito de lo religioso, sino mensaje que se encarna en nuestro contexto y nuestras circunstancias.

Ha llegado ahora el momento de terminar, y la verdad es que no sé cómo hacerlo. ¡Hay tanto que decir acerca de Hechos y de la obra del Espíritu! Pero si no sé como terminar, eso no me preocupa grandemente, pues tampoco Lucas termina el libro de Hechos. Ya me he referido antes a eso. Quien lea el libro de Hechos por primera vez y llegue al final del capítulo 28, posiblemente vuelva la página, ansioso por saber qué fue de Pablo. ¡Y lo que encuentra es un nuevo título que dice: "Epístola del apóstol San Pablo a los romanos"! ¿Qué fue de Pablo? Lucas no nos lo dice. No nos lo dice, porque el libro no es sobre Pablo, sino sobre el Espíritu; y la obra del espíritu continúa aun aparte de Pablo, aún tras la muerte de Pablo, y hasta nuestros días. Lucas no escribe el capítulo 29 de Hechos, porque parte de su mensaje es precisamente que la iglesia siempre vive en la continuación de su libro; que la iglesia siempre vive, como vivió Pablo y cómo vivió Lidia, y cómo vivieron los doce, y cómo vivió Dorcas, y cómo vivieron Priscila y Aquila, por el Espíritu. Hechos tiene 28 capítulos que hemos de leer y estudiar con detenimiento y respeto. Pero el propósito de esos 28 capítulos no es darnos información acerca de lo que ocurrió entonces, sino ayudarnos a entender y a cumplir nuestro papel como creyentes en este nuevo capítulo de los hechos del Espíritu en que nos ha tocado vivir. ¡Así sea!